

Si PENSARA en ti,
te DESPRECIARÍA

Si pensara en ti, te despreciaría.

Originally published in the English language by
HarperCollins Publishers Ltd. under the title *Here's Looking at You*.

© Mhairi McFarlane, 2013

© de la traducción: Eva Pérez Muñoz

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Paseo de Gracia 118, principal
08008 Barcelona
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta y maquetación: Germán Algarra

Primera edición: Febrero de 2015

Depósito legal: B.614-2015
ISBN: 978-84-15854-31-9

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Mhairi McFarlane

SI PENSARA
en ti, te
DESPRECIARÍA

Libros de
seda

Uf, preparaos porque, como diría el conde De Vici, va para largo. En primer lugar, dar las gracias a Ali Gunn y Doug Keant de Gunn Media; sois un equipo de agentes maravillosos y unos compañeros de juer-ga fantásticos.

Un enorme gracias a mi talentosa editora Helen Bolton por la dedicación y paciencia que demostró durante el largo proceso de aprendizaje que supuso esta segunda novela, y a todo el mundo de Avon y Harper Collins por su entusiasmo y profesionalidad. Keshini Naidoo, has supuesto una bendición añadida para que *Si pensara en ti, te despreciaría* sea todavía mejor.

Mi agradecimiento también a los primeros lectores que tuvo esta novela: mi hermano Ewan y mis amigos Sean Hewitt, Tara y Katie de Cozar (que no se parecen en nada a las hermanas Alessi) y Tim Lee. Gracias por vuestro apoyo. No lo hubiera conseguido sin vosotros.

Una mención especial a la brillante historiadora Lucy Inglis —perdóname por llamarte «historiadora»— por toda la información que me proporcionó sobre Teodora. Y otro gracias también para Jeremy Fazal, por sus apuntes sobre Barking, y a mi padre Craig, por su vocabulario italiano. Papá, perdóname por todas las palabrotas que salen en el libro. Ah, también tengo que dar las gracias a Mark Casarotto, que si no luego se enfurruña conmigo.

Un recuerdo también para todas aquellas personas divertidísimas a las que les he robado o adaptado sus ocurrencias: Jenny Howe, Alex Wright, Martyn Wells, Natalie Jones, Matt Southall, Rob Hyde y Sam Metcalf. Lo siento amigos. Demandadme o bromead menos en público.

En los últimos años he tenido la enorme suerte de conocer a gente impresionante. Por toda vuestra inspiración y grata compañía, un in-

menso gracias a Bim Adewumni, Tom Bennett, Sarah Ditung, James Donaghy, David Carrol, Dan Gilson, James Trimbee, Andy Welch y Jennifer Whitehead.

Tengo una extensa familia de parientes y amigos que siempre me apoyan. Sabéis que os lo agradezco muchísimo y con todo mi corazón; no hay páginas suficientes para nombraros a todos.

Un enorme agradecimiento también para Alex y el señor Miffy. Habéis soportado mucho.

Y gracias a ti que has comprado mi libro. Todavía me parece un milagro; uno que no termino de creerme.

*Para Helen,
una amiga del colegio que es como mi hermana.*

Prólogo

Instituto de secundaria Rise Park, East London, 1997
Último día de curso.

—Damas y caballeros, con ustedes, ¡el señor Elton John!

Gavin Jukes apareció entre los aplausos ensordecedores del público, con unas enormes gafas falsas y vestido con un traje de pato. Se paseó por el escenario con el gracioso contoneo que le permitía un calzado de gomaespuma amarillo canario, se sentó delante del teclado —no sin cierta dificultad, debido al trasero acolchado del disfraz— y fingió tocar las teclas cuando los primeros acordes de la famosa *Are You Ready For Love* empezaron a sonar por los altavoces.

Esperando entre bambalinas, Aureliana se ajustó el cinturón del vestido premamá de poliéster que llevaba, de un tono melocotón y con falda a tablas, y se tocó el pelo peinado al estilo *bouffant*, que se mantenía en su sitio gracias a una buena dosis de laca. A continuación, tomó una profunda bocanada de aire, inhalando el olor a deportivas con suelas de goma, desodorante y hormonas adolescentes que impregnaba el pabellón del instituto.

La fiesta de fin de curso de ese año, el Mock Rock, tenía una consigna sencilla pero tremendamente efectiva: vestirse como una estrella del *pop* —cuanto más ridículo fuera el traje mejor— e imitarla cantando uno de sus grandes éxitos.

Gracias a Dios, a la gente le estaba encantando la extraordinaria actuación de Gavin.

Las estúpidas pintadas dirigidas a Gavin Jukes siempre lo señalaban como «el rey de los maricas», y aún así, no le había dado miedo elegir a un reconocido y extravagante homosexual a la hora de actuar.

Puede que por una vez, Aureliana Alessi, el bicho raro que comía lasaña en recipientes de plástico en vez de sándwiches, supiera lo que era reírse «con» en vez de que se rieran «de» ella.

Era como si el instituto entero se hubiera convertido en una obra teatral, con todos representando su papel, y al final los buenos y los malos se dieran la mano para salir a saludar al público.

Incluso Lindsay y Cara, sus enemigas número uno, vestidas con minifalda y botas de plataforma como Agnetha y Anni-Frid de ABBA, la habían dejado en paz ese día.

Sí, tanto ellas como el resto de su aquelarre no dejaban de mirarla con aquellos ojos cargados de lápiz negro, mientras se dedicaban a rellenar botellas de refresco con vodka, pero habían guardado las distancias. Y a Aureliana en ese momento no le hubiera importado hacerse con una de esas botellas y beberse un trago.

Puede que la magia del Mock Rock residiera en que los estudiantes de último curso ya eran como estrellas del rock para los más jóvenes. Excepto James Fraser, por supuesto. Él era una celebridad para todo el mundo. Aureliana le miró y volvió a recordarse a sí misma que todo saldría bien porque iba a compartir escenario con el mismísimo James Fraser.

«James Fraser.»

Solo pensar en su nombre le produjo un cosquilleo en el estómago.

La semana anterior, cuando estaba en la biblioteca intentando librarse de la clase de gimnasia, relejendo una novela de *Las gemelas de Sweet Valley*, él se había acercado de improviso.

—Hola, Aureliana. ¿No deberías estar en gimnasia?

Había sido el acontecimiento más extraordinario de todos sus años de instituto.

James Fraser, el dios de Rise Park, se había dirigido a ella por primera vez. A ella.

Y la había llamado por su nombre. Su nombre real; no los mote con los que se la conocía, como «el galeón italiano» o «la Pavarotti».

¿Era posible que también supiera su horario de clases?

James esbozó una medio sonrisa. Aureliana nunca lo había tenido tan cerca.

Era como si se tratara de una fan conociendo a su ídolo, como si después de pasar tantas horas obsesionada con cada detalle de la vida de su estrella, por fin lo tuviera delante de ella en carne y hueso. ¡Y qué carne! Con esa piel tan blanca que parecía irradiar una luz interior similar a la de una vela brillando en medio de una iglesia y su deslumbrante pelo negro como el carbón. Por no olvidar aquellos ojos azul púrpura.

En una ocasión, Aureliana había intentado dibujarlo en su diario Forever Friends usando rotuladores. No funcionó, ya que el resultado se parecía más a Shakin' Stevens que al auténtico James Fraser. De modo que decidió volver a los típicos corazones y flores y al socorrido «AA y JF *forever*».

—No te culpo. La gimnasia es un coñazo.

Aureliana soltó una especie de graznido cargado de incredulidad y asintió enérgicamente. ¿De verdad el mega deportista de James detestaba aquella asignatura tanto como ella? ¡Ahí estaba la prueba! Estaban hechos el uno para el otro.

—Estaba pensado —continuó él—, en lo divertido que sería interpretar a Freddy Mercury y a esa cantante de ópera. ¿Qué te parece? ¿Te apetece que hagamos un dueto, tú y yo juntos?

Aureliana volvió a asentir. James había hablado de él y ella «juntos». Sus fantasías se estaban haciendo realidad. Aunque si él le hubiera dicho: «Estoy pensado en lo gracioso que sería tirarme por esa ventana. ¿Quieres que lo hagamos juntos?», le habría seguido sin dudarle.

Y ahora, días después, encima del escenario, empezó a reflexionar sobre si la idea de que la alumna más gorda, rara y acosada de todo Rise Park actuara junto al guapo del instituto, había sido acertada. ¿Y

si todas esas perras que no dejaban de meterse con ella la crucificaban por hacer algo así? Aunque también era cierto que después de ese día no tenía intención de volver a verlas en toda su vida, así que no, de ningún modo iba a permitir que le arruinaran su gran momento con James Fraser.

En un principio pensó que James querría que ensayaran la actuación, pero él nunca se lo sugirió y ella no insistió por miedo a parecer pesada. Además, él sabía lo que hacía. Siempre lo hacía.

Aunque sí que podían haber hablado sobre el vestuario. Aureliana era de la opinión de que tenían que dar el cien por cien, así que se había recogido el pelo, peinándose de la forma más parecida a como lo llevaba la famosa soprano y había creado un maquillaje de lo más elaborado. James, por lo que veía en ese momento, se había limitado a pintarse un bigote. De todos modos, tampoco había sabido qué esperar, porque las probabilidades de que saliera con mayas y el pecho al descubierto con una mata de pelo postiza eran muy pocas.

Se fijó en Gavin. Estaba haciendo una reverencia al público. Oh, Dios. Había llegado la hora. James se encaminó hacia ella; nunca se había sentido tan especial o importante en toda su vida.

El maestro de ceremonias del Mock Rock, el señor Towers, dio paso a la siguiente actuación. Nubes de humo artificial llenaron el escenario con un suave siseo y empezaron a sonar los acordes de *Barcelona*.

James y ella entraron en el escenario entre vítores y aplausos. Aureliana miró a los rostros encantados del público y sintió durante unos segundos lo que era ser James Fraser; todo el entusiasmo y camaradería que levantaba su mera presencia.

Se volvió hacia él para intercambiar una sonrisa nerviosa de solidaridad antes de que comenzaran a cantar, pero James se estaba metiendo de nuevo entre bambalinas, riéndose de forma socarrona.

De pronto un bombón de praliné verde de forma triangular le golpeó en la mejilla, cayendo posteriormente al suelo. El segundo misil le dio en pleno estómago, como si la atacaran con una goma elástica es-

tirada al máximo. Otro bombón morado voló muy cerca de su cabeza, y cuando se agachó para esquivarlo recibió el impacto de un caramelo en la barbilla.

Y entonces llegó el huracán de golosinas y el aire se llenó de una multitud de dulces de colores que caían sobre ella cual metralla. El señor Towers apagó la música y llamó al orden a gritos, aunque apenas surtió efecto.

Aureliana miró desesperada a James. Estaba doblado en dos de la risa. Su mejor amigo, Laurence, le estaba rodeando el cuello con un brazo y con el otro levantaba el puño en señal de triunfo.

Lindsay y Cara tenían sus maquillados rostros llenos de lágrimas de lo mucho que se estaban divirtiendo y se apoyaban la una en la otra para no perder el equilibrio.

Después de aquello Aureliana solo tardó un segundo en darse cuenta de lo que había pasado.

Que todo había sido planeado desde el principio. Que alguien se había tomado la molestia de comprar todos esos caramelos y los había repartido entre el público. Que se les había dado una señal para que comenzaran a lanzarlos y que aquel era el gran final previsto para el Mock Rock.

Poco a poco cayó en la cuenta de que el amor platónico que sentía por James Fraser no había sido tan secreto como pensaba. Y aquello la humilló más que haberse convertido en el blanco de aquel tornado de confituras.

También vio a Gavin protestando bajo su gorro de pato, intentando recriminar a todos su nefasto comportamiento.

Volvió a fijarse en James. Estaba aplaudiendo mientras la miraba y vocalizaba una palabra que entendió perfectamente.

«Elefante.»

Aureliana llevaba mucho tiempo armándose de valor para no llorar cuando la acosaban. No solo porque no quería dar a sus torturadores la satisfacción de verla derrotada, sino porque se imaginaba que cuanto

menos reaccionara ante sus crueldades, antes perderían el interés en ella. Así que no vio razón alguna para romper aquella regla en ese momento, y más delante de una audiencia tan amplia y hostil.

Desgraciadamente, toda su dignidad se vino abajo cuando otro bombón le dio de pleno en el ojo izquierdo, abriendo el dique de sus lágrimas.

Libros de
seada

Libros de
seada

Capítulo 1

Anna dejó atrás el crudo frío otoñal y entró en el caluroso ambiente del restaurante. La estancia era un hervidero de conversaciones que se entremezclaban con el alto volumen de la música, lo que daba el pistoletazo de salida al fin de semana.

—¡Mesa para dos! —dijo en voz alta. Ahí estaba la familiar sensación de nervios y expectación, teñida de escepticismo. Y es que, en lo que a citas se refería, podía decirse que tenía toda una licenciatura.

A base de práctica, había aprendido que lo mejor para rebajar la tensión de una primera cita era escoger un punto de encuentro animado y no excesivamente romántico. Y la tendencia de compartir platos que se iban sirviendo en diferentes momentos era un auténtico regalo. El típico entrante, principal y postre, no ayudaba mucho cuando la conversación llegaba a un punto muerto tras el cual solo se intercambiaban los consabidos «¿a qué te dedicas?», «¿de dónde eres», o «para mí, solo un café».

Por supuesto que también podías saltarte la cena y quedar directamente a tomar una copa. Pero se había jurado no volver a consumir alcohol sin haber comido nada antes después de aquella vez en que se despertó en la última parada de metro de la Central Line, sin apenas recordar cómo había llegado hasta allí y con una cubitera con forma de piña en las manos y once mensajes de texto en el teléfono móvil absolutamente incoherentes y pornográficos.

La moderna y joven camarera de aspecto intimidante apuntó su nombre y la condujo hasta la oscura planta baja.

Anna se detuvo en la fila que se había formado con gente que venía del trabajo y se preguntó si aquella sería la noche.

Por «noche» se refería a aquella a la que haría mención el padrino en el discurso de su boda, mientras todos los asistentes lo escucharían atentos bajo la luz de los rayos del sol que se colaba por las vidrieras de la iglesia.

«Para todos los que no lo sepáis, Neil conoció a Anna por Internet. Lo primero que le atrajo de ella fue su sentido del humor y el hecho de que le pidiera una copa incluso antes de que él llegara. (Risas de los invitados.)»

Al final, entre gritos y gestos, consiguió que un camarero entendiera lo que le pedía para ella y su cita, y encontró un rincón en el que sentarse.

Si era sincera consigo misma, sabía que una cita por Internet no era otra cosa que una entrevista previa para acostarse con alguien. ¿No suponía eso bastante presión como para encima complicarlo con discursos nupciales imaginarios? No era que estuviese obsesionada con el matrimonio, simplemente quería encontrar al hombre de su vida, pero tenía treinta y dos años y el muy desgraciado se estaba tomando su tiempo. Tanto, que en el fondo sospechaba que debía de haberse perdido por el camino y había terminado casándose accidentalmente con otra.

Miró entre la multitud buscando un rostro similar a aquel que solo había visto en fotos. Estaba oscuro; además, sabía que entre las imágenes de los perfiles y la realidad a veces existía una gran diferencia. Ella misma había intentado intercalar fotos en las que salía más favorecida con otras que se asemejaban más a la realidad para evitar que su cita se decepcionara en cuanto la viera. Se imaginaba que los hombres, sin embargo, eran más pragmáticos: en cuanto habían conseguido llamar tu atención, dejaban que su carisma tomara las riendas.

—Hola, ¿eres Anna?

Se las apañó para girar noventa grados y se encontró con un hombre alegre, de pelo castaño y con aspecto inofensivo que le sonreía de oreja

a oreja en la penumbra. Llevaba una cazadora de una conocida marca deportiva. ¿Una prenda de senderismo para salir a tomar algo? Mmm...

«La primera impresión de Anna sobre la forma de vestir de Neil no fue muy halagüeña. Menos mal que ahora ella se encarga de comprarle la ropa, porque de no ser así hubiera venido a la boda vestido con un impermeable.»

No obstante, con esa sonrisa en la que mostraba sus incisivos separados, parecía un hombre accesible en el que se podía confiar.

—Soy Neil. —Le ofreció la mano y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

Anna le ofreció el cóctel Negroni que sostenía en una mano.

—¿Qué es? —quiso saber Neil.

—Una mezcla de vermú y ginebra. Una bebida típica de mi tierra.

—Me temo que soy un hombre de cerveza.

—Vaya. —Anna retiró la copa y se sintió un poco tonta.

Por el amor de Dios, ¿no se lo podía haber bebido aunque solo fuera por educación?, pensó. Bueno, tal vez aquello terminara convirtiéndose en una anécdota de la que luego se reirían.

«Por lo visto, Anna se sorprendió bastante al descubrir que a Neil no le iban mucho los cócteles y la cara que se le quedó al verle desaparecer en busca de una cerveza fue impagable. Empezaste pronto, ¿eh, Neil? (Pausa para más risas.)»

Anna se bebió de un trago el Negroni y se puso de inmediato con el otro. En ese momento, mientras una canción de los ochenta de Madonna retumbaba en sus oídos, se sintió como la típica soltera londinense. La intensa sensación de soledad que experimentó, a pesar de estar en una estancia tan atestada de gente que de producirse un incendio tendrían serios problemas para evacuarla, le resultó demasiado familiar; era como si la vida estuviera sucediendo en otro lugar y eso que se suponía que estaba en el epicentro de todo.

«¡No! Tienes que pensar en positivo!». Se había repetido ese mantra miles de veces. ¿Cuántas historias había sobre parejas felices que no

se habían gustado la primera vez que se vieron? ¿O que ni siquiera se habían caído bien?

No quería ser la clase de mujer que llevaba una lista encima en la que anotaba los defectos que siempre encontraba en sus pretendientes, como si estuviera haciendo espacio en su cocina para un nuevo frigorífico y no se decidiera a comprarlo porque nunca le terminaban de convencer los congeladores.

Además, no había necesitado muchas citas por Internet para darse cuenta de que el Príncipe Azul que buscaba simplemente no existía. Como su madre solía decir, había que frotar mucho el palo antes de que saliera la llama.

—Lo siento, pero como me beba unos pocos de esos me quedo fuera de combate demasiado pronto —comentó Neil cuando regresó con su cerveza.

Anna quería que ese hombre le cayera bien con todas las fibras de su ser.

—Sí. A partir de mañana haré lo mismo que tú —gritó por encima de la música. Neil sonrió y Anna sintió que aquello podría funcionar a base de fuerza de voluntad.

Neil era redactor en una revista empresarial y de tecnología y al menos por los mensajes que habían intercambiado previamente, parecía un tipo decente y agradable, el típico hombre al que le va tener una esposa, hijos y una casita con cobertizo.

Aunque también era cierto que no habían hablado mucho *online*. Anna se había prohibido eso del cortejo e intercambio de cartas de amor por la red desde que sufrió una enorme y dolorosa decepción con un escritor escocés, Tom, de cuyo encanto y frases poéticas había quedado prendada unos cuantos meses. Durante una época, estuvo constantemente pendiente de cada alerta en su bandeja de entrada. Cuando por fin decidieron quedar y conocerse en persona, ya estaba medio enamorada de él, pero entonces llegó una disculpa que era una mezcla de: a) una temporada en un conocido psiquiátrico del país y b)

una especie de «esposa». Tras aquello, Anna cambió su dirección de correo electrónico.

A medida que el alcohol iba haciendo efecto, se encontró riéndose con los relatos de Neil sobre aburridas convenciones y los gurús de la industria de cómo ganar un millón de libras.

Para cuando se sentaron a la mesa y pidieron unas raciones que les ayudaran a absorber el alcohol consumido, como albóndigas, calamares y *pizza*, Anna estaba medio convencida de que Neil tenía todas las papeletas para convertirse en un candidato a tener en cuenta.

—Anna no es un nombre muy italiano, ¿verdad? —preguntó él mientras pinchaban los maltrechos calamares y los untaban con la salsa alioli que les habían servido en un pequeño cuenco.

—Es el diminutivo de Aureliana. Empecé a usarlo después del instituto. Supongo que mi auténtico nombre es demasiado... florido —explicó ella, al tiempo que ponía una mano debajo del tenedor por si se le resbalaba el calamar—. Y yo no soy muy florida que digamos.

—Cierto. Salta a la vista —repuso Neil.

Aquel comentario le pareció un tanto presuntuoso.

Instintivamente, se llevó la mano al pelo, que llevaba con su habitual recogido desenfadado. Quizá debería haberse hecho un peinado un poco más sofisticado. Y haber añadido un poco de maquillaje, además del protector labial rojo que se había puesto a toda prisa en el metro. Empieza como pretendas seguir, se decía siempre. No tenía sentido fingir ser una muñequita para que luego la otra persona se llevara una decepción.

—Por cierto, las albóndigas de cerdo e hinojo son las mejores —informó ella—. Las he probado todas y doy fe de ello.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Neil con una suavidad que hizo que se sintiera un poco incómoda.

—Bastante. Con amigos y con alguna que otra cita.

—Me parece bien. Tenemos más de treinta años. No hace falta que te hagas la ingenua conmigo —dijo él.

Aquel comentario no le agradó demasiado. Aunque también podía tratarse de un intento bastante torpe de hacerla sentir más cómoda.

La conversación se quedó estancada en mitad de una canción de Prince, una en la que se ponía a berrear de forma frenética sobre todas las cosas que quería hacerle a una mujer.

—En realidad soy poli —soltó él de repente.

«¿Que es poli? Pero ¡qué...!»

—¿Perdón? —Anna se inclinó hacia él para poder escucharle mejor con el tenedor a medio camino del plato.

—Que soy poli. Polígamo. Ya sabes, que creo en la posibilidad de tener múltiples parejas y que todas ellas se conozcan entre sí —explicó él.

—¡Ah, sí!

—¿Te supone algún problema?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Anna tal vez con demasiado entusiasmo. Aunque mientras se peleaba por pinchar una porción de lo poco que quedaba en el plato pensó: «Pues la verdad, no lo sé».

—No creo que la monogamia sea nuestro estado natural. Sin embargo, soy consciente de que eso es lo que busca la mayoría de la gente. Así que estoy dispuesto a dar una oportunidad a la persona adecuada. —Sonrió.

—Ajá. —«Bien por ti.»

—Y también deberías saber que me va el tema del BDSM. Todo hetero. No soy vainilla.

Anna forzó una sonrisa y estuvo a punto de decir: «Lo siento, pero no hablo ese idioma».

¿Qué se suponía que tenía que hacer con esa información? Las citas a ciegas eran una vía rápida para sacar a colación todos los «temas» personales de uno, eso seguro.

—No es que esté muy metido en ese mundo —continuó Neil—. He intentado hacer lo de la raíz de jengibre, pero no he llegado hasta el punto del Gorila Afeitado —terminó, soltando una risa.

¿De verdad estaba hablando de afeitarse animales en el dormitorio?
¿Y de hacer algo sexual con jengibre? No estaba decepcionada. No,
eso ya lo había sobrepasado con creces. Estaba completamente alucina-
da.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Qué es lo que más te va?

Anna abrió la boca dispuesta a responder pero vaciló. En circuns-
tancias normales habría contestado con un seco «eso no es de tu in-
cumbencia», pero estaban en una cita, y en teoría sí que era un asunto
de su incumbencia.

—Mmm... Pues el sexo normal.

«¿Sexo normal?» ¡Oh Dios! No estaba preparada para respon-
der a algo así; por no hablar de lo achispada que empezaba a sentirse.
En ese momento se acordó de la entrevista que tuvo para trabajar en
un cine durante las vacaciones de verano en donde le preguntaron:
«Si fueras un relleno de sándwich, ¿qué te gustaría ser?». Se quedó
en blanco y contestó: «Queso... Sí, queso... porque...» Porque era lo
normal. Queso normal y sexo normal. ¡Quién le mandaría meterse en
el mundo de las citas por Internet!

Neil la miró por encima del borde de su vaso de agua.

—¡Oh! De acuerdo. No sé por qué, pero tu perfil me dio a entender
que eras heteronorma pero abierta a nuevas posibilidades.

Anna no quiso admitir que no entendía muy bien a qué se refería
con aquella frase.

—Perdóname si he sido demasiado directo —continuó Neil—.
Creo en la honestidad por encima de todas las cosas. La mayoría de
las relaciones fracasan por las mentiras, la hipocresía y porque muchas
personas pretenden ser alguien que no son. Es mucho mejor presentar-
te tal y como eres a que la otra parte salga corriendo en la cuarta cita.
—Neil alzó las manos y sonrió de modo tranquilizador—. Por cierto,
¿te gusta la lluvia dorada?

«Y ahora damas y caballeros, os pido que alcéis vuestras copas y brindéis por la feliz pareja, Neil y Anna. No dejéis de rellenar la copa de la ruborizada novia; seguro que quiere llegar a su noche de bodas con la vejiga bien llena. (Aplausos.)»

Libros de
seada

Libros de
seada